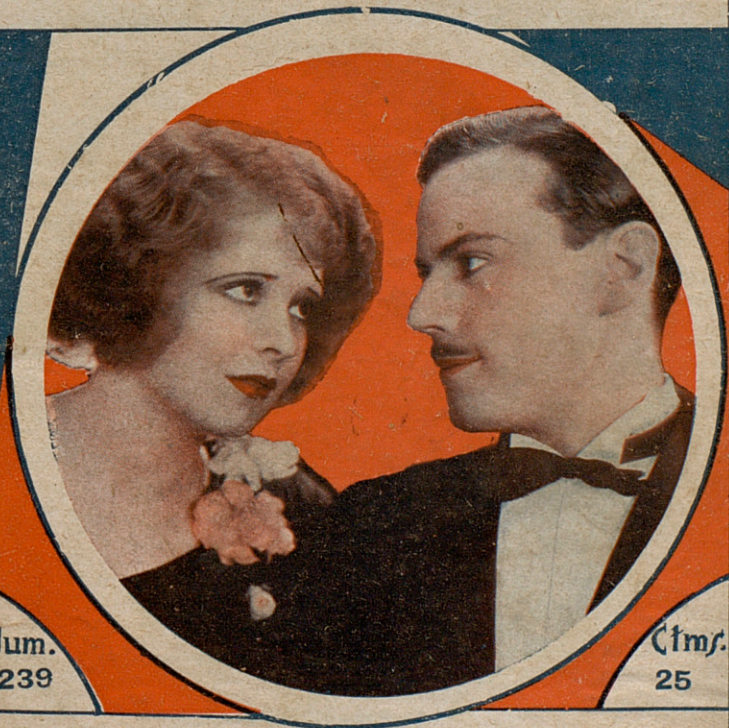


1 FILMS de AMOR

LO APUESTO TODO



Num.
239

Ctms.
25

CLARA BOW

FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 · APARTADO 707 · BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

NÚM. 239

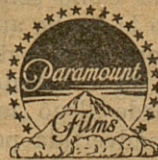
LO APUESTO TODO

Adaptación en forma de novela de la película
del mismo título, interpretada por la simpática
artista de la pantalla

CLARA BOW

Novelada por M. NIETO GALAN

*Producción de
la invicta marca*



*Paseo Gracia, 91
Barcelona*

REPARTO

Bunny	CLARA BOW
Douglas	Norma Foster
Ole Olsen	Stuart Erwin

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

Perder una pitillera no tiene nada de extraordinario, como tampoco lo tiene el encontrársela. Sin embargo, de un hecho tan corriente y trivial, pueden originarse no pocas consecuencias. Y este hecho ocurrió en el teatro Marathon, la noche antes en que da principio nuestra historia.

Bunny, una preciosa muchachita del conjunto, tan bonita como soñadora y alegre, había encontrado la noche antes una magnífica pitillera de oro en el teatro donde actuaba y siguiendo su costumbre, de muchos días, aquella tarde llegó tarde al ensayo. Procuró pasar inadvertida por donde estaba el administrador, con el fin de librarse de la regañuza, pero su deseo fué vano. Apesar de que sabía que el administrador sentía por ella una gran simpatía, no por eso pudo evitarse de oírle decir:

—¿Otra vez tarde, Bunny?

—Es que... — comenzó diciendo la muchacha.

—No hay qué, que valga—exclamó Maxie Mindil, el locuaz y orondo administrador—. ¡Si vuelve a llegar tarde la despido!

—No se disguste Mindil — respondió mimosamente Bunny, sabiendo que podía jugar con el mal humor de aquel hombre, lo mismo que un gato juega con un ratoncillo—. Traigo una cosa que seguramente le gustará.

Mindil, después de echarle un discurso, sobre la necesidad de ser puntual y de las consecuencias que podía acarrearle su falta de exactitud, le dijo:

—Veamos qué es eso que dice que trae.

Bunny sacó triunfalmente la pitillera y se la entregó diciéndole:

—La encontré anoche en el teatro... ¿Verdad que es magnífica?

Míster Mindil la examinó detenidamente y comprobó que era una prenda valiosa. Oro de dieciocho quilates y hasta con las iniciales grabadas primorosamente.

—¡Magnífica!—exclamó el administrador, sin poder ocultar su entusiasmo. Y sin pensar más en la tardanza de Bunny, se guardó la pitillera y se fué a su tarea diaria, la instrucción de las chicas que hacían de acomodadoras.

Bunny corrió a cambiarse de traje para el ensayo y en esta tarea estaba, cuando llegó al teatro un joven elegantemente vestido que preguntó por el administrador.

Salió éste a recibirlo y el joven en cuestión le preguntó:

—¿Sabe usted, si por casualidad se ha encontrado anoche en el teatro una pitillera de oro? Lleva las iniciales D. T., o sea Douglas Thayer, que es como yo me llamo.

Mister Mindil que ya se había encariñado de la pitillera, no sin cierto pesar, e impulsado por su honradez, no tuvo más remedio que decirle:

—En efecto, caballero. Anoche se encontró aquí esa pitillera.

—No sabe cuánto me alegro de ello, señor —exclamó Douglas—. Y más que nada me satisface su honradez por devolvérmela.

—No me lo agradezca a mí —exclamó Mister Mindil, dejándose llevar por su sinceridad.

—No he sido yo quien la ha encontrado, sino una muchacha de las que trabajan aquí. Si quiere puedo presentársela.

—Tendría mucho en conocerla —respondió Douglas.

Conducido por el administrador llegó hasta donde estaba Bunny y señalando para ella, le dijo:

—Esta es la joven que ha encontrado la pitillera.

Douglas sonrió amablemente a la joven, al mismo tiempo que le decía:

—Agradezco mucho que haya usted devuelto la pitillera, señorita. Para mí era de gran aprecio y mucho más ahora al saber que ha pasado por sus manos.

Bunny, estaba cohibida ante aquel hombre, que tan solamente de haberlo visto por primera vez se le hacía tan interesante, balbuceó algunas palabras de agradecimiento y cuando se despidió de él, su manita temblaba entre las de Douglas.

Poco rato después, mientras estaba en el camerino desnudándose para salir, no pudo contener su entusiasmo y le dijo a su íntima amiga Dodo.

—¿Qué te ha parecido ese joven que ha venido a recoger la pitillera?

—No está mal — respondió indiferente su amiga.

—¡Está admirable! — exclamó Bunny.

—Hablas como si te hubieses enamorado de él—le dijo sonriendo su amiga.

—No creo que tuviera que hacer mucho esfuerzo para conseguirlo — replicó Bunny vestida ya y dispuesta para salir.

Se cogió del brazo de su amiga y juntas las dos marcharon al restaurant donde solían comer.

SEGUNDA PARTE

Antes de nada hay que hacer presente que Bunny no carecía de admiradores y uno de ellos, el más fiel y tímido también era un pobre marino, llamado Ole Olsen, de cuerpo casi gigante y de alma y cara abobaliconada, que nunca llegaría a la malicia, aun cuando viviera más que Matusalén.

Desde la puerta del teatro fué siguiendo a las dos muchachas, pensando en que verdaderamente las dos eran dignas de ser amadas, hasta que las vió salir nuevamente del restaurant y se le acercó para decirle:

—¿Volverán ustedes esta noche al teatro?

—¿Le interesa mucho el saberlo?—preguntó airadamente Bunny.

Ole Olsen, que llevaba preparado un discurso, le ocurrió lo que a muchos enamorados: que olvidó cuanto había pensado y sólo supo decir:

—¿Les gustaría tener un departamento muy bien amueblado y un auto?

—¿Y a usted?—le preguntó Bunny, pensando que aquello había de agradar a todo el mundo.

—Yo ya los tengo—respondió el marino.

Las dos muchachas se echaron a reir y el marino exclamó compungido:

—¿No me creen?

—¿Cómo quiere usted que le creamos, hombre de Dios?—volvió a exclamar Bunny, que era la que llevaba la voz cantante en aquel diálogo.

—Pues es verdad—respondió el tímido marino—. Verá lo que me ha sucedido. Un tío mío, a quien no conocía se ha muerto y me ha nombrado heredero de un rico departamento y me ha dejado un auto, un Rolls Royce magnífico. Mírenlo, es ese.

Y señaló un estupendo coche que estaba parado a la puerta del restaurant.

Las muchachas se quedaron como quienes ven visiones y Ole Olsen siguió explicándoles su pensamiento de la siguiente forma:

—Yo tengo que marcharme, porque el barco donde viajo sale hoy mismo y mientras dura mi viaje, ustedes podían ocupar mi departamento y hacer uso del coche.

La proposición no podía ser más tentadora y Bunny, mirando fijamente a su amiga, co-

mo pidiendo su consentimiento, le respondió:

—Si se trata de hacerle un favor, ya sabe que nosotras siempre hemos sido buenas amigas tuyas.

—Muchas gracias—exclamó el marino, al mismo tiempo que les entregaba las llaves del departamento y del garage.

Aquella misma tarde, las dos muchachas fueron al piso de que les había hablado Ole Olsen e iban de asombro en asombro. Realmente no había para menos. El departamento de Ole Olsen era algo estupendo, algo digno de un cuento de hadas, algo que solamente habían visto las muchachas en películas, en esas cintas que excitan los nervios de las pobres jovencitas que sueñan con llegar a ser millonarias.

Lo curioseaban todo, todo lo tocaban. Inconscientemente Dodo tocó un timbre de la pared y vieron con la natural sorpresa que se abría un tabique y dejaba paso a una espaciosa sala interior donde había varias mesas de juego y un repleto buffet.

Cuando más intrigadas estaban descubriendo todos los secretos de aquella casa, sonó insistentemente el timbre de la puerta y ambas muchachas corrieron para averiguar de que se trataba. Nueva sorpresa en ellas al ver que se presentaba un desconocido diciéndoles:

—Soy Mister Wilkie, el encargado de la casa... ¿Volverán a abrirla?

—Desde luego—respondió Bunny—. Pensamos habitarla.

—Entonces les mandaré a Charlie. Era el hombre de confianza de Olsen... ¿Han pensado acaso en otro?

Bunny y Dodo, que con tantas sorpresas no estaban ciertamente para pensar en nada, sonrieron, como dando su conformidad y el obsequioso Wilkie volvió a decirles:

—Charlie es el hombre que les conviene. Muchos se alegrarán de que vuelvan a abrir.

Desapareció el llamado Mister Wilkie y las dos muchachas siguieron recorriendo la

Cuando más intrigadas estaban descu- casa, donde encontraron un guardarropa digno de ser admirado por la mujer más exigente en cuestión de modas. En resumen, aquello parecía un sueño de hadas y tanto la una como la otra, sentía miedo de despertar.

TERCERA PARTE

Después de tantas agradables sorpresas, todo podían esperarlo Bunny y Dodo, menos que el lujoso departamento de Ole Olsen fuese una casa de juego clandestina. Casa de juego y bar.

Mientras giraba la ruleta, mozos irreprochablemente vestidos servían toda clase de bebidas. Champaña con alma de mujer rubia, jerez que parecía evocar los ojos árabes de las mujeres andaluzas, whisky de aspereza sajona, y otras varias combinaciones sabias, llamadas cocteles, que brindaban en cada copa, la alquimia del bartender, mago de los alcoholes.

Pero de pronto, en aquella noche de sorpresas y emociones, una de las que había de influir en toda su vida, fué la que más sensación causó en ella. Entre los asistentes a su casa, estaba Douglas Thayer, el

dueño de la pitillera encontrada, que al verla quedó sorprendido diciéndole:

—¿No esperaba esta gran sorpresa? ¿Quién hubiera dicho que la bella muchacha del teatro Marathon era la dueña de esta casa?

—¿Le pesa a usted volverme a ver?—preguntó inquieta Bunny.

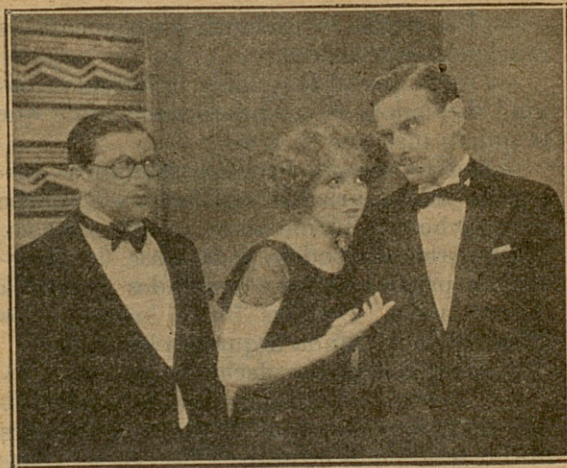
—Mi único pesar es no haberla conocido antes—exclamó Douglas insinuante.

Salieron de la sala de juego y fueron a una habitación próxima los dos solos. Verdaderamente Bunny estaba aquella noche fascinadora y cualquier hombre se hubiera sentido feliz, al poder conquistar el amor de la preciosa chiquilla.

Y como cada uno de ellos sentía el mismo deseo, no tardaron en comprenderse y en sellar su compromiso amoroso con un beso.

Bunny creyó de buena fe todas las palabras que le dijo Douglas, sin pensar en lo que pudiera ser la vida de aquel hombre, cuya elegancia delataba una elevada posición. Pero, sin embargo, la realidad era bien distinta. Douglas no era lo que había creído Bunny, sino un pillo redomado, jefe de una partida de ladrones, que vivía del producto de sus raterías, ocultando su verdadera personalidad bajo aquella apariencia de hombre adinerado.

Pasaban los días y aun cuando Douglas se había creído que sus relaciones con la mu-



—¿Le pesa volverme a ver?

chacha no pasarían de un simple flirt, se encontró al cabo de una semana con que se había enamorado perdidamente de ella. Pero Bunny era invencible en este aspecto, y cuantas proposiciones le hizo Douglas fueron energicamente rechazadas, si antes no contraían matrimonio.

En vista de que nada podía conseguir de ella y que cada vez estaba más enamorado, Douglas consintió al fin y le dijo:

—Esta bien, mañana nos casaremos.

—¿De verdad?—exclamó alegremente la muchacha abrazándolo.

—Puesto que tú lo quieres, lo haremos—siguió diciéndole él—. Quiero demostrarte que te quiero más que tú a mí.

—Eso no me lo demostrarás nunca—respondió ella sonriendo satisfecha—; porque por mucho que tú me ames, más te amo yo.

Siguieron diciéndose toda clase de ternuras tan propias de los enamorados y aquella misma noche, Douglas fué a buscar a los hombres de su banda a quienes les dijo:

—Amigos míos, he decidido casarme.

—¿Casarte, tú?—exclamaron la tahures—. ¿Es decir que no dejas, ahora que tenemos medio terminado el negocio?

—¿Y que tiene que ver eso para que yo me case? Es la única forma de conseguir a esa mujer.

—Pero eso será amarrarte para siempre—le reprochó uno de sus compañeros.

Douglas se echó a reír burlonamente, y le respondió:

—Parece mentira que seas tan bruto, hombre. ¿Por qué he de amarrarme toda la vida? ¿Acaso no existe el divorcio?

—¿Qué quieres decir con eso?—le interrogó otro.

—Pues, sencillamente, que ahora me caso y cuando me canse de ella, que no creo tarde mucho, me divorcio y en paz.

Los demás echáronse a reír al ver la resolución que Douglas le daba al conflicto amoroso, y uno de ellos volvió a preguntarle:

—¿Sabe ella a qué clase de negocios te dedicas?

—No lo sabrá nunca—respondió Douglas. —Bunny es una buena muchacha y no accedería a casarse conmigo si lo supiera.

—Mejor todavía—exclamó otro compañero—. Nunca me he fiado de la discreción de las mujeres.

—Bueno, muchachos — terminó diciendo Douglas—. Ya lo sabéis, os invito mañana a mi boda.

Tomó el sombrero y salió nuevamente de aquella casa, donde solían tener sus reuniones para preparar los "golpes".

BIBLIOTECA FILMS

Y FILMS DE AMOR

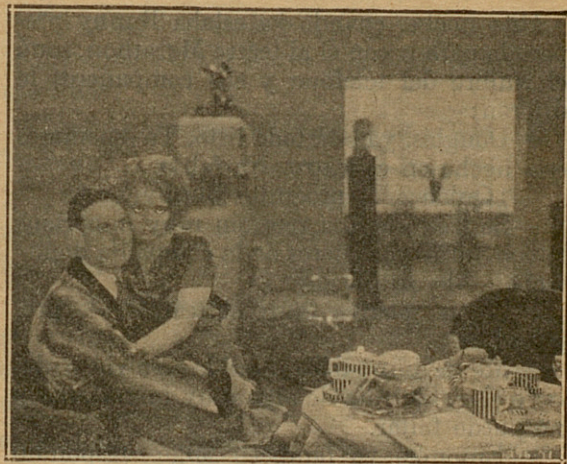
Son las mejores novelas
cinematográficas

CUARTA PARTE

Se casaron, por fin, Douglas y Bunny y empezó para ellos una vida en la que nunca pudieron ellos pensar que cupiera tanta embriaguez amorosa, tanta dicha y hasta dudaban de que fuese realidad todo aquello. Vivían en un continuo idilio y la suntuosa mansión de Ole Olsen les servía de nido para cobijar aquel amor.

Bunny sentía la felicidad inmensa de haber conseguido lo que su corazón deseaba. Nada le faltaba para ser feliz. Tenía una casa espléndida, poseía ricos vestidos y por encima de todo ello tenía el amor del hombre a quien únicamente había amado.

También los cálculos de Douglas le salieron fallidos. Su idea del divorcio desapareció por entero de su mente. ¿Dónde encontrar una mujercita más encantadora que Bunny? ¿Dónde poder encontrar tanta dicha como la



¿Dónde encontrar una mujercita más encantadora?

que gozaba en aquellos días? Y todo esto le fué haciendo olvidar su antigua existencia y hasta pensó en encaminar el rumbo de su vida por otros linderos diferentes, en los que no tuviese que avergonzarse de sí mismo.

Mas a pesar de sus buenos propósitos la realidad vino a demostrarle que no le sería tan fácil como creía el cambiar de vida. El "golpe" que él mismo había preparado estaba ya listo para darse y era precisa su presencia.

Una noche, cuando ya estaba Bunny preparada para ir con él al teatro Marathon, sonó el timbre del teléfono y sus compañeros le dijeron:

—Douglas, ya está todo listo. Te esperamos esta noche en el teatro. No faltes.

—¿Quién es?—preguntó Bunny.

—Se trata de una reunión muy importante con varios consejeros de la compañía donde trabajo—le dijo Douglas.

—¿Y no podrás venir al teatro?—le preguntó ella.

—Me es imposible, querida—volvió a decirle él—. Se trata de algo muy importante y no puedo faltar.

—Entonces yo tampoco salgo—respondió ella—. Lo siento por míster Mindil.

—Bah—exclamó su marido—. Mañana le diremos la verdad y él sabrá comprenderla.

Y sin dar más explicaciones, besó cariñosamente a su mujercita y salió del departamento, para ir a buscar a sus amigos.

Por primera vez desde que se casaron, Bunny se quedó sola de noche en su casa. Intentó leer varios libros y en vista de que no lograba distraerse, pensó que lo mejor sería aceptar la invitación que le había hecho el administrador del teatro Marathon e ir allí. Volvería antes que regresase su esposo y de aquella forma la separación de aquellas horas sería más pasadera.

Tal como lo pensó lo hizo y poco después se presentaba en el teatro y le decía al administrador:

Vengo a que me presente usted a la nueva “estrella”.

—En seguida, Bunny—respondió el administrador—. Ya verá usted que mujer más hermosa y qué riqueza lleva encima en joyas.

Pasaron al camerino de la artista y allí fue presentada por míster Mindil. Mientras hablaban, Bunny no podía apartar sus ojos de un magnífico brillante que la “estrella” lucía en uno de sus dedos y mentalmente la muchacha consideraba el elevado precio que debería valer aquella piedra.

Un avisador dió la voz que “a escena” y Bunny salió a la sala del teatro para verla actuar. Mas cual no sería su sorpresa cuando vió en uno de los palcos proscenios a su marido. Quedó extrañada, sin poder comprender el motivo de aquel engaño. Estaba segura de que no concurría a aquel teatro, ni a ninguno, porque no se separaba de ella y por lo mismo su presencia allí no podía ser más inexplicable.

En estas reflexiones estaba cuando de pron-

to la sala del teatro quedó completamente a oscuras, se oyeron varios gritos de la nueva "estrella", que apareció después tendida en el escenario, mientras gritaba:

—¡Me han robado!... ¡Me han robado!

Verdaderamente el atraco no podía haber sido más audaz y la gente corría de un lado para otro, presa de un pánico inexplicable.

Bunny consiguió ganar la calle, subió a su coche y corrió hacia su casa. Todavía no había llegado su marido y empezó a desnudarse, para cambiarse de ropa. Mientras lo hacía, olvidado ya el incidente del teatro, pensaba únicamente en el engaño de que había sido objeto por parte de su marido.

Al cabo de un rato oyó la puerta que se habría y pensó que sería él. En efecto, era Douglas que volvía, satisfecho de la candidez de su esposa. Antes de entrar a su cuarto desmontó de la sortija que antes llevara la artista robada, el brillante, y se decidió al fin a entrar en la habitación de su mujer, que le dijo:

—¿Cómo has tardado tanto?

—La reunión ha estado terrible—le dijo Douglas—. Aún están todos allí... ¿Te has quedado tú en casa?

—No—respondió ella secamente—; fuí al teatro Marathon.

Douglas temió que le hubiese visto y para prepararse la retirada le preguntó:

—¿No me viste?

—Sí, te vi en un palco—respondió ella.

—Siento que me vieras, porque echaste a perder una sorpresa que te tenía preparada. No había tal reunión... Fuí al teatro para esperar las once, pues a esa hora tenía que ver a un individuo... Se trataba de un pequeño regalo para ti... Aquí está.

Y le ofreció el brillante que Bunny había visto en el dedo de la actriz.

Por un momento, Bunny dudó de que aquella piedra fuera la misma que ella había visto; pero ignorante del secreto de la vida de su esposo, terminó por desechar aquel pensamiento y creyó lo que él le dijo.

A la mañana siguiente, antes de que ella se levantase, oyó que su marido hablaba con varios hombres y que estos le decían:

—Es necesario huir cuanto antes. Pueden cogernos.

—Esperadme en la estación, yo iré inmediatamente—respondió Douglas.

Los hizo salir y fué luego a donde estaba Bunny diciéndole:

—Querida, tengo que hacer un viaje de un par de días. He de salir ahora mismo.

Mientras hablaba iba arreglando las maletas y sin que Bunny pudiera salir de su asombro, se despidió de ella cariñosamente, procurando salir cuanto antes.

Apenas había salido Douglas se presenta-

ron varios policías, quiénes ante la sorpresa de la joven le preguntaron:

—¿Dónde está Douglas?

—Ha salido de viaje—respondió temerosamente la muchacha.

—¿Dónde ha ido?—le volvieron a preguntar.

—No lo sé—respondió ella.

—¿Conque no lo sabe, eh?... Ya le haremos decir dónde está. Por lo pronto queda usted detenida.

En aquel momento llegaba también de su viaje Ole Olsen y al ver en aquella difícil situación a Bunny, le preguntó extrañado:

—Pero, ¿qué es lo que le pasa, Bunny?

Esta le refirió llorando lo que le ocurría y al final le dijo:

—Estos hombres me creen una ladrona.

—No puede ser—exclamó Ole Olsen encarándose con uno de los policías, el cual le contestó:

—¡Cállese usted, si no quiere ir al mismo sitio que esta mujer!

—Yo no he dicho nada, señor policía—exclamó Ole Olsen, temiendo que aquél cumpliera su amenaza.

Mas al saber Douglas que su mujer iba a ser condenada por culpa suya, siendo inocente, pudo el amor más que nada y se presentó voluntariamente a la policía haciendo entrega de cuanto había robado.



— ¡No puede ser! Es inocente.

Considerada Bunny como cómplice de su marido, y a pesar de las protestas del marino, fué llevada a la comisaría para que declarase cuanto supiese. Pero la pobre muchacha poco podía decir acerca de la verdadera vida de su esposo, que ella misma desconocía. Además, cuanto sabía del robo de las joyas lo callaba temerosa de que pudiera ocurrirle algo malo a Douglas.

—¿Dice usted que su esposo ha salido de viaje?—le preguntó el comisario.

—Así es, señor — respondió llorando la joven.

—¿Y dónde ha ido? — le volvió a preguntar.

—Ya les he dicho a estos hombres que no lo sabía—repitió Bunny.

—¿Y quiere usted que nosotros la creamos?—preguntó burlonamente el comisario.

—No sea usted tonta y declare cuanto sepa, será mucho mejor para usted.

—Si no puedo decir nada porque nada sé—exclamó desesperada Bunny.

El comisario miró a los policías como queriendo saber su opinión y uno de ellos exclamó:

—No le haga usted caso, señor comisario; esta mujer es de cuidado. También será capaz de negar que en su casa se jugaba y se bebía de lo prohibido.

—¿Lo niega usted?—requirió el comisario.

—Yo no lo sabía—exclamó Bunny—; pero en cuanto me casé prohibí que en mi casa se siguiera jugando.

—Lleva razón, señor comisario—intervino Ole Olsen—; ella no sabía, como yo tampoco. Yo heredé esa casa de mi tío, sin saber a qué clase de negocios se dedicaba y se la presté a esta joven para que la cuidara durante mi ausencia.

—¡A usted no le han dado ninguna vela en este entierro—exclamó el comisario diri-

giéndose a Ole Olsen—. Lo mejor que puede hacer es callarse.

Ole Olsen, comprendiendo, aun cuando su escaso entendimiento no era muy fácil a la comprensión, que de nada servían sus protestas, optó por callarse, hasta que lo sacaron de la comisaría, dejándolo en libertad.

No fué así para Bunny, que, acusada de complicidad en los robos de su marido, quedó detenida, hasta averiguar la verdad que hubiera en su declaración.

Además, la policía pretendía, en caso de inocencia de Bunny, ver si teniéndola detenida su marido venía a sacarla, confesándose culpable y devolviendo lo robado.

Ni aun en aquellos momentos en que era evidente el engaño en que la había tenido Douglas, Bunny sintió ningún odio contra él. Creía que aquel acto realizado era únicamente para poder agasajarla a ella y sentía por él el mismo amor que en otro tiempo.

Para ella los días que llevaba en la cárcel servían, más que de olvido, de recuerdos dulces hacia el amado, de quien ignoraba la suerte que habría podido correr.

Otras veces meditaba acerca de su triste situación y pensaba que si Douglas supiese que estaba encarcelada no tardaría en correr a presentarse para que a ella la dejaran en libertad. Pero aun estos momentos de pesimismo su corazón se rebelaba ante la idea de

que prendiesen a Douglas. Contra ella nada podían hacer en concreto, porque nada podían probar, pero ¿y contra Douglas sería lo mismo?

El único que iba a consolarla en su encierro era el bueno de Ole Olsen. El marino no olvidaba la amistad que sentía por la muchacha y creyéndola ciegamente que era inocente no dejaba de visitarla, diciéndole:

—Yo creo que si su marido supiese lo que a usted le pasa vendría a buscarla. ¿De verdad no sabe usted dónde está?

Bunny se lo quedó mirando tristemente y le dijo:

—¿También usted duda de mí, Ole?

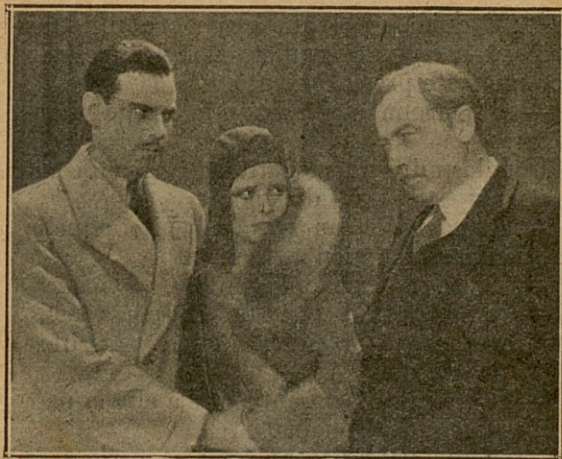
—Yo no—respondió seriamente el marino.

—Se lo dije solamente por si usted lo tenía en secreto y quería confiármelo para que yo lo buscara y le diera algún recado suyo; se lo prometo que era solamente por eso.

—Lo creo—exclamó Bunny—; es usted demasiado bueno para hacer otra cosa.

También en el teatro se hablaba de Bunny sin que ninguna de sus compañeras, ni el administrador creyesen en la culpabilidad de Bunny. Todos la conocían a fondo y sabían que se trataba de una buena muchacha, que había sido engañada por Douglas, por aquel hombre que sabiéndola en tan triste situación no corría en su auxilio.

Mas todos estaban equivocados en aquellas



Se presentó voluntariamente...

apreciaciones. Douglas no sabía lo que le ocurría a Bunny y esperaba únicamente que se disipase un poco el ambiente que había suscitado su último robo para correr nuevamente en auxilio de ella.

Mas un día uno de sus compañeros se presentó a él diciéndole:

—Puedes alegrarte, Douglas. Nuestro asunto parece que va por buen camino.

—¿Qué pasa?—preguntó Douglas.

—Ya creen haber cogido al culpable.

—¿Y quién es el que carga con nuestras culpas?—preguntó inquieto Douglas, poseído por un triste presentimiento.

—La persona que menos te puedes imaginar.

Douglas miró interrogativamente a su compañero y éste siguió diciéndole:

—Ha cargado con el Sambenito aquella muchacha con quien te casaste.

—¿Bunny?—exclamó Douglas.

—La misma. Chico, te felicito por aquello del casamiento. Gracias a ello te verás libre de la policía.

—Yo no puedo consentir que a ella la pase nada—exclamó Douglas.

—¿Y qué vas a hacer?

—Presentarme y decir la verdad. ¿Crees que he de permitir que la mujer a la que amo le pase nada?

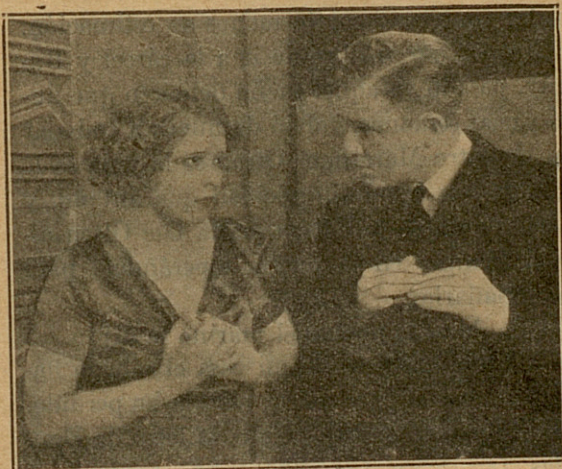
—Serás un loco si haces eso—exclamó su compañero—. ¿Qué adelantarás con presentarte, que a ella la dejen en libertad y que a ti te metan a la sombra?

—Pase lo que pase, me presentaré y diré que ella no sabía nada de mi vida, hablaré, diré la verdad y ella quedará en libertad.

—Y tú en la cárcel, ¿no?

—Siempre será mejor mi condena si me presento voluntariamente—terminó diciendo Douglas.

—Mira, Douglas—le volvió a decir su com-



—Había una postal para usted, pero la he perdido.

pañero—. No hagas tonterías y espera todavía un poco, ¿quién sabe si al no encontrar pruebas contra ella la dejan en libertad y podéis vivir otra vez tranquilos?

Douglas no quiso responder a su antiguo compañero, puesto que ya se había hecho cargo de su deber y aun cuando le aconsejasen lo que le aconsejasen, no desistiría de su pensamiento para librar a Bunny, con el fin de que aun cuando no fuera su amor,

poder conservar por lo menos su estimación.

No por eso se libró de ir a la cárcel y Bunny, pasado ya aquel sueño delicioso que duró varias semanas, volvió de nuevo a trabajar en el teatro Marathon. Otra vez la vida se le ofrecía con igual simplicidad que antaño, y para que nada le faltase, hasta Ole Olsen estaba siempre en la puerta esperándola para acompañarla.

Una de estas noches el marino le dijo:

—En el casillero de mi casa el sábado había una postal para usted, pero la he perdido. Me pareció reconocer en ella la letra de Douglas.

—¿Y la ha perdido usted?—exclamó ella indignada—. Es usted más tonto de lo que parece y eso que lo parece mucho.

Sin embargo, puedo decirle lo que decía—siguió diciéndole el marino—. Decía que le habían rebajado la condena por buena conducta y que el miércoles vendría a verla.

Pero Bunny ya no le oía, porque había visto pararse en la puerta del teatro un auto de cuyo interior salió Douglas. Dejándose llevar solamente por los impulsos de su corazón, corrió a abrazar al hombre que tanto amaba

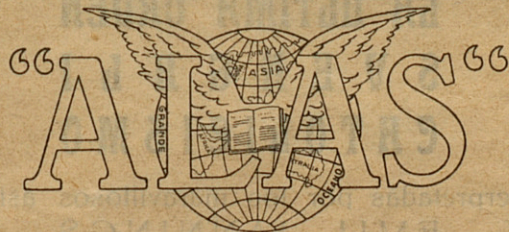
y mientras que ellos celebraban el encuentro besándose apasionadamente, Ole Olsen, después de pensarlo mucho, exclamó:

—Estoy seguro de que hoy debe ser miércoles.

Sonó la bocina de un auto y los dos enamorados corrían nuevamente en pos de la felicidad que les aguardaba y de la que eran tan acreedores.

FIN

EDITORIAL



creadora de **Biblioteca Films**
y **Films de Amor**

Publica siempre las mejores novelas cinematográficas. Pida usted el Catálogo General ilustrado que se remite gratis

Apartado de Correos 707 · Barcelona

Ediciones BIBLIOTHECA FILMS

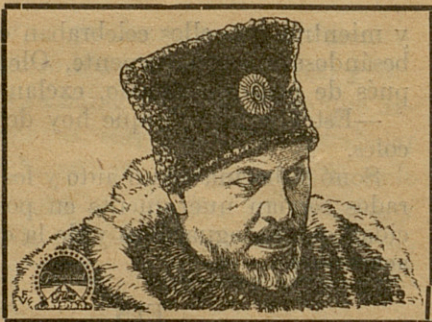
ha editado

3

grandes

super-

producciones de la cinematografía sonora



**LA ULTIMA ORDEN
S V E N G A L I
C A T O L I C I S M O**

Interpretadas por los maravillosos astros

EMIL JANNINGS

JOHN BARRYMORE

GUSTAV FRÖELICH

Publicados en elegantes tomos de **104**
páginas de texto e ilustraciones, **UNA** pta.

PEDIDOS A —

EDITORIAL "ALAS"

Apartado de Correos 707 - Barcelona

La gracia de **HAROLD LLOYD**

en



¡AY, QUE ME CHIGO!



La simpatía de **HARRY LIEDTKE**

reflejada en

EL CAPITÁN DE CORBETA



El dinamismo de **LILIAN HARVEY**

en

EL TRIO DE LA BENCINA



solamente las encontrará en —————

Selección de BIBLIOTECA FILMS

64 páginas de texto 50 céntimos

EDITORIAL "ALAS"

Apartado de Correos 70, - Barcelona